

iba arando la ruta de la vida
 bajo las inclemencias de la muerte.
 La pena está vencida,
 el error yace inerte;
 ya el látigo infamante no golpea
 las ancas de la bestia humana; en todo
 lo que ayer era noche, hoy centellea
 un prodigio de luz. Ésa es la idea.
 La flor que brota del inmundo lodo
 y se entrega á la luz que la recrea,
 la bella mariposa que en el viento
 cabalga, al arrojar sus envolturas,
 simbolizan el nuevo pensamiento
 que surge del pasado soñoliento
 y se remonta audaz á las alturas.
 ¿Por qué si todo canta,
 por qué si todo sube,
 por qué si todo en derredor levanta
 su aspiración indómita á la nube,
 el amor que es la esencia de la vida
 ha de seguir como en las muertas horas
 que ya no volverán? ¿Por qué oprimida
 esa atracción de los humanos seres
 ha de seguir? Entre hombres y mujeres
 ya no deben mediar las opresoras
 cadenas de una esclavitud malsana.
 El amor es un sol que alumbra y pasa
 á través de las nubes importunas
 que interponen la urdimbre de su gasa
 intentando apagar la luz. Abrasa
 cuanto en el campo universal se agita
 bajo la intrepidez de sus fulgores.
 Bendita fuerza del amor, bendita
 porque derrama flores
 en el camino que los hombres vamos
 trajinando, cansados unas veces
 cuando por nuestra culpa tropezamos
 con odios y dobleces,
 otras alegres, con vigores nuevos,
 sonriendo al sol y al horizonte!

¡Hermanos,

llegó el momento! Para unir las manos
 de dos seres que irán hacia el futuro,
 ¿por qué buscar y consagrar tiranos
 que den su aprobación? ¿No es santo y puro
 el pensamiento que al unir dos rosas
 nos ofrece un manojito de fragancias
 y nos hace admirar dos primorosas
 flores unidas por las mismas ansias
 de vida y juventud? Mezquino fuera

arrogarse el derecho inconcebible
 de unir la primavera
 con el verdor que es suyo, el apacible
 susurro de las hojas con la brisa,
 el cielo azul con el azul del cielo,
 la dulzura del rostro y la sonrisa,
 la grandeza y el mar. Corrido el velo
 del misterioso encanto de otros años,
 ya no quedan peldaños
 á la escalera de tan torpe anhelo.
 Libres sois, hijas mías,
 de elegir el amado compañero
 que vuestra aspiración colme; los días
 en su lento desfile, en el sendero
 del porvenir os hallarán dichosas;
 y las generaciones vigorosas
 que habréis de dar á la mundana empresa,
 ostentarán el sello de firmeza
 que imprime en las conciencias y en las cosas
 la convicción profunda de su esfuerzo,
 —esa fe, que trasporta las montañas,
 en su indomable voluntad.

Perverso

no será, no, quien vino
 pletórico de luz, de unas entrañas
 donde la libertad puso el divino
 talismán de la fuerza y la hermosura.
 Amad, multiplicad sobre la tierra
 no ya el triste rebaño
 doblegado por siempre á la amargura,
 esclavo del engaño
 y la superstición, sino la pura
 raza de árboles altos que en la sierra
 elevarán sus frentes á la altura.
 ¡De aquí saldrá la Humanidad futura!»

Por todas las ventanas
 del salón escaparon los acentos
 patriarcales, de aquel varón extraño.
 Las voces de los vientos
 repitieron sus frases, y á lejanas
 tierras llevaron, como un fresco baño
 de esperanzas, aquella buena nueva
 de redención que en los futuros días
 —rompiendo vallas y asaltando cumbres—
 ha de trocar en dulces alegrías
 el dolor de las foscas muchedumbres
 que hoy gimen llenas de melancolías.

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

COMPAÑEROS.—Si queréis ayudar á la vida y difusión de **Renovación**
 suscribiros y buscadnos suscriptores.